Sin duda, uno de los aciertos del libro es la ponderación con la que se presentan los dos proyectos educativos objeto de análisis: la Residencia de la Institución Teresiana (1914) y la Residencia de Señoritas de la Institución Libre de Enseñanza (1915). La autora ha procurado penetrar a fondo en las motivaciones que llevaron a dos instituciones tan diferentes –en las que en cierto modo están representadas las dos Españas– a emprender otras tantas iniciativas que van a presentar muchos puntos en común, más de lo que a primera vista pudiera sospecharse. No sólo hay coincidencias en el propósito formativo, sino sintonía personal entre quienes dirigieron durante años ambas residencias, y entre quienes les apoyaron de modo desinteresado.

La obra de Montero presenta una parte de los proyectos intelectuales y educativos que truncó el estallido de la guerra. Se tiene la impresión de recorrer un panorama lleno de iniciativas, de las que sólo puede deducirse cuál hubiera sido su pleno desarrollo. Actividades segadas por el estallido de la sinrazón, que abortó tanto las iniciativas de signo progresista, como las de corte más conservador: es significativo lo que se recoge sobre la confianza en la libertad característica de los proyectos de Pedro Poveda. Su pensamiento es ilustrativo del momento de renovación que vivió España. Ante el tópico de que la Iglesia Católica era una de las principales rémoras para el progreso de España, la respuesta del fundador de la Institución Teresiana fue estudiar con detenimiento el proyecto pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza,

para aprovechar lo mejor de sus métodos, infundiéndoles un sentido cristiano. Su labor evita la confrontación, y trata de superar la idea de que catolicismo y mundo moderno son incompatibles.

El dinamismo de las dos instituciones les llevó a acometer distintas iniciativas. A este respecto, es interesante el nuevo pabellón cooperativo que, ya bajo la República y tras el cierre de algunas instituciones religiosas, permitió acoger a chicas de grupos sociales más modestos, interesadas no en el acceso a la universidad sino a profesiones con las que poder ganarse la vida. Por contraste, la Residencia de Estudiantes de la misma Institución Libre de Enseñanza mantuvo su carácter más elitista.

El libro de Mercedes Montero nos lleva a reflexionar sobre los males que aquejan a la actual universidad española y, más en general, sobre los problemas de la educación en nuestro país. Casi veinticinco años después de la plena integración de España en la Unión Europea, la distancia que nos separa en el terreno educativo de otros países de nuestro entorno sigue siendo considerable. Tal vez el conocer iniciativas como las dos Residencias aquí analizadas pueda ayudar a construir un sistema educativo que preste atención a lo que podríamos llamar el ambiente, el entorno del proceso de educación, que es más amplio que la mera transmisión de conocimientos.

Ana ZABALZA SEGUÍN
Universidad de Navarra

Antonio Manuel MORAL RONCAL, *La cuestión religiosa en la Segunda República española. Iglesia y carlismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2009, 263 pp.

Esta monografía posee los ingredientes necesarios para llegar a ser una importante obra de referencia. De entrada, su autor es

un buen conocedor del carlismo en el siglo XIX. Así lo demuestran sus numerosos artículos sobre el particular y sus tres monografías

relacionadas con esta temática: una biografía sobre el primer pretendiente carlista, Carlos María Isidro; su estudio sobre los afrancesados, liberales y carlistas en la Casa Real entre 1814 y 1843; o su historia sobre las guerras carlistas. Huellas de todo este acervo se encuentran muy presentes en esta monografía, cuando contextualiza con precisión la historia carlista anterior a la etapa republicana y, muy particularmente, cuando traza un paralelismo entre 1868 y 1931: dos momentos en que el anticlericalismo activó al carlismo en la defensa de la Iglesia católica.

En esta incursión por la Segunda República, Moral Roncal ha elegido un tema que necesitaba de un estudio específico en profundidad, el de la actitud político-religiosa de la unificada familia carlista. El resultado se apoya sobre la sólida mezcla de un sobresaliente manejo de la bibliografía especializada, la concienzuda consulta a los importantes fondos documentales Borbón Parma (archivo depositado en el Archivo Histórico Nacional) y Alfonso Carlos de Borbón y Manuel Fal Conde (en la Universidad de Navarra), y la exploración de la prensa carlista de la época, en particular y por este orden de importancia *El Cruzado Español*, *El Pensamiento Navarro* y *El Siglo Futuro*.

Con todo, la consulta del archivo vaticano recién abierto para este tiempo habría enriquecido la precisión y análisis de algunos datos y, en último término, habría aquilatado mejor la comprensión de la actitud y valor que la Santa Sede prestó a las posturas político-religiosas del carlismo. Carlismo que, en particular con el ascenso del sevillano Manuel Fal Conde a puestos nacionales de gobierno de la Comunión Tradicionalista en 1934, vinculó inexcusablemente la defensa de la Iglesia española con la recuperación de la Monarquía Tradicional y la adhesión de los católicos a los principios carlistas. De ahí que, tanto el núcleo directivo carlista como

sus bases, percibieran como rivales político-religiosos a la Acción Católica y a su tarea de reconquista espiritual, y a la CEDA y a su empresa de unificar políticamente al catolicismo español. Éstos, los católicos españoles, no debían ser republicanizados, sino encuadrados en la institución cuyo origen y pureza ideológica garantizaba a la Iglesia el mejor escudo frente a los asaltos anticlericales. Pero –de hecho–, la jerarquía se mostró esquiva, y pesados por las críticas carlistas contra la actitud pacificadora y pactista hacia la República y sus Gobiernos llevada a cabo por iniciativa del propio Vaticano.

Así pues, Moral Roncal enfatiza con acierto el mutuo efecto de esta estrategia: los obispos españoles nunca respaldaron el planteamiento de la Comunión de todo o nada, y ésta con sus maniobras rompió el frente común de una unidad de los católicos que no llegó a darse durante la República, debilitando a su vez las iniciativas puestas en marcha para proteger a la Iglesia. En este sentido, el autor prueba que la acelerada y lograda modernización de las redes carlistas de sociabilidad y propaganda durante el quinquenio republicano fue, sin embargo, insuficiente para que los obispos, el clero o los católicos percibiesen al carlismo como el genuino paladín de la Iglesia. Como se subraya con buen juicio, tan solo el exiliado cardenal Segura atemperó un poco desde Roma esta orfandad, al aconsejar a Fal Conde cuáles eran, a su juicio, las orientaciones político-religiosas que conducirían a defender eficazmente al catolicismo.

Por último, el estudio de la identidad política y de la simbología devocional del movimiento carlista completa este volumen, valioso e interesante por su equilibrada metodología, su planteamiento conceptual y sus conclusiones.

Santiago MARTÍNEZ
Universidad de Navarra